

El Brasil y Alberdi

Escribe: ENRIQUE DE GANDIA

Alberdi fue amigo de Chile, del Paraguay, de España y de otras naciones; pero nunca lo fue del Brasil. Tenía hacia esta nación una desconfianza innata que lo llevaba a temores y suposiciones impropias de su talento. En marzo de 1865 publicó en París un opúsculo sobre **Las disensiones de las Repúblicas del Plata y las maquinaciones del Brasil**. En este trabajo insistió en ideas expuestas en otras oportunidades. En síntesis afirmaba que el Brasil era inhabitable en su interior y solo podía ser habitado por las razas del Africa en las inmediaciones al mar. Los problemas que se debatían en esos momentos —la guerra contra el Paraguay— no eran más que una prolongación de un pleito que tenía siglos. Los problemas que habían hecho combatir a portugueses y a españoles durante la colonia hacían combatir al Brasil, a la Argentina y al Uruguay en contra del Paraguay. Esta tesis, repetida por Ramón J. Cárcane en sus estudios sobre los orígenes de la triple alianza, tenía para Alberdi una razón fundamental. El Brasil no podía subsistir en los límites en que se hallaba. El Brasil necesitaba salir de la zona tórrida y para ello no tenía más que una dirección: la del Sud: el Uruguay, las Misiones, Corrientes, Entre Ríos, el Paraguay. Era, a su juicio, la geopolítica de aquel entonces. El Brasil tenía siete millones de habitantes y era un país desierto. Una nación no valía por la extensión de su territorio, sino por sus habitantes. Toda el Africa no valía Gran Bretaña. El Brasil era el Africa del Nuevo Mundo. Río de Janeiro se hallaba en la latitud de Madagascar. El Brasil tenía que poblarse con hombres blancos y libres y el clima no se lo permitía. Las fiebres acababan con los colonos. Los inmigrantes europeos preferían dirigirse a las repúblicas del Plata. Río Grande y San Pablo eran provincias de origen español que el Brasil había usurpado. El

antagonismo luso español había dado origen a la Colonia del Sacramento (1680), a Montevideo (1726) y al virreinato del Plata (1776). En el Brasil no se producía carne ni pan. En vez de sembrar cereales o criar animales, sus propietarios cultivaban azúcar, tabaco y café.

Alberdi sostenía otras tesis. La apertura de los ríos de la Plata, Paraná, Uruguay y Paraguay llevaba a los navíos directamente a las provincias interiores del Brasil. El emperador debía pedir permiso a varias repúblicas para llevar la autoridad a su territorio. Río de Janeiro estaba tan lejos de Cuyabá que las caravanas tardaban catorce y dieciseis meses, por tierra, para hacer el viaje. El comercio directo con el mundo pronto llevaría las provincias interiores del Brasil a su independencia. Los Estados provinciales interiores del Brasil se convertirían en Estados internacionales. Los ríos abiertos al mundo traerían la desmembración del Brasil.

Alberdi consideraba la Banda Oriental como un Estado o provincia que era en extremo necesaria al Brasil para gobernar sus provincias fluviales y a la Argentina para dominar sus provincias litorales. Montevideo había sido disputado por Portugal y por España y lo era por el Brasil y por la Argentina. Buenos Aires quería federar los Estados Unidos del Plata. El Brasil trataba de poblar con brasileños la Banda Oriental. Montevideo había sido el refugio de los enemigos de Rosas y tenía un puerto más seguro que el de Buenos Aires. El Uruguay había resistido a muchos ejércitos de Buenos Aires y resistía al Brasil que pretendía absorberlo. Montevideo era el único punto vulnerable del imperio. Montevideo impedía al Brasil tener por límite natural el Río de la Plata. Buenos Aires aparentaba ser neutral en las disensiones del Brasil con el Uruguay antes de la Triple Alianza. La Argentina estaba dividida en dos países, no en dos partidos: Buenos Aires y la Confederación. Una parte de la Argentina se alió al Brasil para derribar a Rosas. Buenos Aires, a juicio de Alberdi, era aliada disimulada del Brasil en su desacuerdo con el Uruguay. Lo que Mitre perseguía, según Alberdi, era el dominio del Uruguay para sobreponerse a la Confederación. Por ello lo que para uno era patriotismo para el otro era alta traición. La Constitución de 1853, dada por la Confederación, había declarado a Buenos Aires capital de la república. Buenos Aires había logrado que la ciudad de su nombre dejase de ser capital de la nación para ser, solamente, parte de

la provincia. El tesoro de la nación quedaba despojado en provecho de Buenos Aires. Las provincias seguían gobernadas por Buenos Aires como en tiempos de Rosas. El gobierno nacional y el gobierno provincial residían simultáneamente en la ciudad de Buenos Aires. El gobierno local entregaba las rentas de la aduana al gobierno nacional, pero este las devolvía al gobierno local porque la nación había garantizado el presupuesto provincial y este presupuesto era igual al de toda la nación.

Esta división había dividido a la provincia en dos partidos: el crudo y el cocido. Para contener a las provincias despojadas en favor de Buenos Aires y a media provincia de Buenos Aires, el poder presidencial buscaba una alianza con el Brasil y con el Uruguay. Ocurría que la nación no tenía gobierno y Buenos Aires tenía dos. Mitre tenía en su contra a los indios, a las provincias y a los crudos. Su neutralidad era una impotencia convertida en estrategia de guerra.

El Paraguay tenía las llaves de las grandes puertas interiores del Brasil. El Paraguay estaba instalado en el corazón del imperio del Brasil. Además, se hallaba en comunicación con el mundo. El emperador del Brasil para ir de Río de Janeiro al interior de su imperio tenía que pasar por Montevideo y por la Asunción. La independencia del Paraguay iba a ser, muy pronto, la independencia de Río Grande y de Matto Grosso. Si el Brasil no dominaba las provincias litorales argentinas, las provincias litorales del Brasil terminarían por separarse. Bolívar había soñado penetrar en el Brasil. El Paraguay podía convertir ese sueño en realidad. El Paraguay tenía más habitantes que la Argentina y un ejército de sesenta mil hombres, más que el de Napoleón en Marengo. Sus hombres sabían leer y escribir. El Paraguay no tenía deuda pública y no estaba dividido en partidos. La Confederación había reconocido la independencia del Paraguay en 1852; pero Buenos Aires aún no la había reconocido. Pensaba reivindicarlo y reconstruir, en esa parte, el antiguo virreinato. El Paraguay tenía su destino unido al de la Banda Oriental. Si el Brasil dominaba en el Uruguay, el Paraguay podía considerarse como una colonia brasilera. Por ello el Paraguay había hecho suya la independencia oriental. Era una independencia que interesaba por igual a América y a Europa. El Brasil quería mantener un monopolio sobre la tierra de unos pocos fidalgos y un pauperismo permanente. Buenos Aires, seguía explicando Alberdi, pretendía conservar su domi-

nio sobre las provincias privándolas de la libre navegación de los ríos. Europa no podía ayudar a las submetrópolis de Madrid y Lisboa, con su diplomacia, a conservar el nuevo coloniaje. El Brasil pretendía dibujar una carta geográfica a su gusto. Alberdi estaba seguro que esto no ocurriría y que era más probable que Río Grande y Matto Grosso dejaran de ser brasileros que Montevideo de ser independiente.

La campaña de Alberdi en contra del Brasil y de su intervención en los asuntos del Río de la Plata no cesó un instante durante el año de 1865. Se hallaba en París, observaba los problemas americanos desde lejos y escribía con serenidad y decisión. En julio de 1865 publicó una serie de cartas en las cuales comenta **Los intereses argentinos en la guerra del Paraguay con el Brasil**. Muchas de las ideas anteriores vuelven a aparecer en estos escritos. Mitre había protestado en Buenos Aires y no había vacilado en llamar traidor a Alberdi. El mismo Alberdi repetía que, según unos, se había vendido por una suma de oro y, según otros, por futuros empleos del Paraguay. Según Mitre, lo único que Alberdi deseaba era destruir su presidencia con fines ambiciosos.

Alberdi empezaba por declarar que había atacado la Constitución del Paraguay en una obra (**Las Bases**) en que combatía todas las malas Constituciones de Sud América. No había atacado jamás al pueblo paraguayo. Había elogiado la alianza del Brasil con la Argentina, en 1851, porque tenía por fin combatir la tiranía de Rosas; pero no podía aplaudir la alianza de la Argentina con el Brasil en 1865 porque esta alianza restauraba la dominación de Buenos Aires sobre las provincias interiores. Las provincias apoyaban a Mitre en esta alianza como habían apoyado a Rosas en su política. Alberdi razonaba que la política de la Argentina estaba dividida en dos partidos: eran los que habían combatido en Caseros, en Cepeda y en Pavón. Para producir los diez millones anuales que constituían el tesoro de la nación, los argentinos debían estar unidos; para disfrutarlos, se dividían en dos países: uno era el que había vencido en Pavón; el otro, el que había perdido. El patriotismo debía ser el amor al país dominante. El que pensaba a la inversa del gobierno era considerado traidor. Mitre había peleado con una escarapela extranjera en contra del gobierno de su país. No debía, por tanto, condenar a quien usaba los colores de su patria para combatir a un gobierno de acuerdo con las leyes

de los países libres. Rosas castigaba como traidores a los unitarios porque estaban en su contra. Rosas había buscado, para defenderse, la alianza del Brasil. Las ideas de Alberdi no conspiraban en favor del Paraguay contra la Argentina, sino en favor de la Argentina y en contra del poder que la desmembraba, confiscaba y buscaba la alianza del Brasil para prolongar ese atentado. Los ataques a Mitre eran directos y claros. "Buscamos nuestro fin patriótico por el camino en que nos preceden los brillantes opositores a Rosas de 1845, excepto Mitre, que no acompañó a Lavalle a ser aliado de los correntinos ni al general Paz a serlo de los paraguayos, porque se quedó de oriental con Rivera, que persiguió a Lavalle y a Paz".

Alberdi estaba convencido que la guerra de la Argentina no era contra el Paraguay, sino contra las provincias argentinas. Los hombres que habían aceptado la mediación del Paraguay, antes que la de Francia e Inglaterra, para organizar el país, atacaban al Paraguay "a título de bárbaro". El Paraguay había salido a combatir para defender la independencia del Uruguay y había ocupado Corrientes para que no la ocupase el Brasil, "como quería el neutral general Mitre, para que hiciera de ella su cuartel general contra el amigo".

Las acusaciones de Alberdi eran duras. Mitre, en vez de devolver a la nación diez millones de duros, se los dejaba a Buenos Aires y enviaba a Londres al doctor Norberto de la Riestra para que pidiera prestados otros diez millones por cuenta de las provincias para hacer la guerra al Paraguay y quitar a la Argentina el único aliado que podía ayudarla a reivindicar esos diez millones. La simpatía de Alberdi por el Paraguay no era más que una simpatía por la Argentina. Rufino de Elizalde, el ministro de Mitre, había declarado al ministro inglés Thornton "que esperaba vivir lo bastante para ver a Bolivia, al Paraguay y a la República Argentina unidos en una Confederación y formando una poderosa república en Sud América". El dictador José Gaspar Rodríguez de Francia había intentado, en varias oportunidades, establecer relaciones comerciales con Gran Bretaña. Lo mismo había intentado el presidente Carlos Antonio López. El Paraguay vivía aislado por culpa del encierro en que lo mantenía Buenos Aires. Si la Argentina triunfaba en la guerra contra el Paraguay, vaticinaba Alberdi, toda la república quedaría en poder de Buenos Aires, esta ciudad en poder de un dictador y este en poder del Brasil. Mitre tenía

como enemigos a las provincias; don Pedro II, a la exrepública de Río Grande. La Argentina vivía sin capital. La cuestión capital era la cuestión de la renta y del tesoro. La solución consistía en colocar la Aduana y la Capital fuera de la provincia de Buenos Aires.

En febrero de 1866, Alberdi continuó sus críticas en su folleto **Crisis permanente en las Repúblicas del Plata**. Insistió en que su fin no era defender al Paraguay, sino a la Argentina, a las provincias amenazadas por Buenos Aires. Una desmembración argentina era una victoria del Brasil. Mitre, como biógrafo de Belgrano, se consideraba, en su campaña contra el Paraguay, como autor de una segunda faz de la que había llevado Belgrano en 1810. En tiempos de Belgrano, el Brasil era aliado del gobernador Velasco. Belgrano había marchado solo y sin aliados. Mitre llevaba dos naciones aliadas. Una de ellas, el Brasil, había sido aliada de España en contra de Belgrano en 1810. Los sofismas continuaban brillantes: la Constitución argentina reformada era la dictadura de Rosas elevada al rango de Constitución política por sus sucesores. Si el Paraguay era el patrimonio de su gobierno, la Argentina era el patrimonio de la provincia de Buenos Aires. La Constitución paraguaya hacía de su presidente un dictador; la Constitución argentina "lo hace el traidor legal y constituído, pues sus funciones se reducen a poner en ejecución la entrega y adjudicación que la Constitución hace de toda la nación a la provincia en cuyo interés fue reformada".

Alberdi no hallaba explicaciones para la guerra de la Argentina en contra del Paraguay. Todos los argumentos le parecían falsos. El Brasil atacaba a una raza rival. La Argentina combatía su propia raza. Si López era un tirano, su tiranía no pesaba en absoluto sobre la Argentina. La Argentina se aniquilaba para servir los intereses del Brasil. Los liberales que gobernaban en Buenos Aires eran un dechado perfecto de liberalismo sin libertad. Para discutir con ellos había que residir al otro lado del océano. Alberdi había sido llamado traidor por Mitre. Alberdi llamaba traidor a Mitre porque gobernaba por una ley que hacía de la nación el patrimonio exclusivo de una provincia contra el principio de la independencia que había declarado que la Argentina no sería jamás el patrimonio de ningún otro país. Buenos Aires, como Roma, por culpa del Papa aliado con los austriacos, era una capital que no quería ser ca-

pital. Mitre se había aliado al Brasil para no unir a la Argentina. Lo mismo hacía Roma con sus alianzas para no unir a Italia. Mitre seguía la política de Rosas, el cual continuaba la colonial de España. Buenos Aires, desde antaño, había hecho una política de la falta de gobierno. Sus tratados con las provincias le habían asegurado su aislamiento hasta que llegase el tiempo "oportuno" para constituir un gobierno general. Buenos Aires quedaba a la cabeza de la nación por el hecho de ser poseedor exclusivo del tesoro argentino. Ningún tiempo parecía oportuno a Buenos Aires para poner término a ese privilegio. Por ello, todo momento fue declarado inoportuno; todo Congreso, diminuto, y todo promotor de un gobierno nacional, faccioso y rebelde. Cincuenta años mantenían ese estado de cosas para provecho de una provincia y ruina de las demás. La alianza de Buenos Aires y el Brasil solo perseguía el mantenimiento indefinido de esa situación. La integridad de la provincia era la omnipotencia de Buenos Aires. Era entregarle las rentas de la nación. Así había sido la dictadura de Rosas. La Constitución de 1853 había declarado a Buenos Aires capital de la república. La reforma de 1860 había confiscado la nación en provecho de la provincia de Buenos Aires. La integridad argentina tenía un aliado en el Paraguay. El Brasil quería dividir la Argentina y para ello contaba con el general Venancio Flores en el Uruguay y el general Mitre en la Argentina. El Brasil pensaba instalarse en el Uruguay y dejar a la Argentina que se apropiase de Bolivia y del Paraguay. La nueva Confederación argentino-paraguayo-boliviana terminaría por tener una guerra con Chile, que ya había deshecho la Confederación peru-boliviana del general Santa Cruz en 1829. El Brasil saldría ganando. Alberdi insistía en que la solución de todos esos peligros era dar a la Argentina por capital a la ciudad de Buenos Aires separada de su provincia. Las veintidós enmiendas que en 1860 se habían hecho a la Constitución de 1853 habían dejado a la nación sin capital, sin puerto, sin comercio directo, sin renta, sin crédito, sin gobierno. Todos los intereses nacionales pasaron a manos de la provincia. Mitre incensaba a Rivadavia, pero no lo imitaba. Buenos Aires debía ser una corona, no un yugo; debía ser la cabeza de un gran cuerpo, no de un pigmeo.

Alberdi fue un profeta en lo que se refiere a la capitalización de Buenos Aires. El año de 1880 arrancó Buenos Aires a la provincia de su nombre y el eterno problema quedó solu-

cionado. Alberdi fue el autor de la capitalización de Buenos Aires. Si la Argentina tiene una capital se lo debe, principalísimamente, a su prédica constante y convincente. Sus otras disquisiciones políticas, internacionalistas, pueden ser juzgadas desde otros puntos de mira. En otras páginas estudiamos los orígenes de la guerra del Paraguay. Digamos, entre paréntesis, que no obstante las excelentes obras de investigación que se han publicado sobre el tema, el problema está aún por analizar en sus raíces más hondas. Entre tanto proseguimos con la exposición de las ideas de Alberdi. Sabido es que España tuvo un conflicto, en apariencia intrascendente, con Chile y el Perú. Ese conflicto, en plena guerra del Paraguay, fue aprovechado por muchos políticos para presentarlo como un intento de recuperación de una parte de América por España y una secreta alianza de esta nación con el Brasil y la Argentina. El gobierno de Mitre no quiso intervenir en esa cuestión, pues comprendió perfectamente que se trataba de un problema local, intrascendente, que solo merecía una neutralidad momentánea. Pero otros hombres lo esgrimieron como bandera y magnificaron sus peligros. La historia ha demostrado cuán nimio fue en realidad. Alberdi lo consideró con otra seriedad. En septiembre de 1866, siempre en París, escribió un opúsculo titulado **Intereses, peligros y garantías de los Estados del Pacífico en las regiones orientales de la América del Sur.**

En este pequeño libro empezó por sostener que sin el apoyo de la costa atlántica de Sud América, España no habría llevado su acción militar hasta el Pacífico. La tolerancia cooperativa del Brasil era innegable. En consecuencia, el peligro del Pacífico no era España, sino el Brasil. La Argentina también había dado su apoyo indirecto a España. El Brasil era más peligroso que España, estaba en América y tenía las llaves del Pacífico. Alberdi repetía que el Brasil era el país de América más necesitado de territorio para razas europeas. Dominando en el Río de la Plata, el Brasil dominaba en el Pacífico. En 1852, el Brasil envió a Chile una misión para tranquilizarlo. La Argentina combatía al Paraguay y no se preocupaba en detener los avances de los indios en la Patagonia. El Brasil utilizaría a España como utilizaba a la Argentina para extender su poder en América. En 1830, el Brasil había enviado al marqués Santo Amaro para monarquizar el Río de la Plata y obtener Montevideo para el imperio. En 1846 buscó la ayuda de Inglaterra y de Francia para atacar a Rosas. La división de la Argen-

tina, sin una capital, hacía posible la influencia del Brasil en el Río de la Plata. Por la misma razón dominaba en el Paraguay pronto llegaría al Pacífico. La consolidación de la Argentina era una defensa para Chile, Perú, Bolivia y Paraguay frente a los planes del Brasil. El virreinato de 1776 había sido creado por España para detener los avances del Brasil. La Argentina debía volver a esa homogeneidad. El Brasil se había valido de Entre Ríos y de Corrientes para derrocar a Rosas, y se valía de Buenos Aires para hostilizar al Paraguay. El localismo de Buenos Aires buscaba la alianza del Brasil para imponerse sobre la nación, y el nacionalismo de las provincias buscaba la alianza de las repúblicas vecinas para vencer a Buenos Aires.

Alberdi defendía la existencia de un derecho americano, de un sistema americano, de una política americana y de un americanismo. Por ese derecho, San Martín había dado batallas en Chile y en el Perú. La unión americana no se oponía a Europa. Bolívar había visto el peligro que el Brasil representaba para las repúblicas americanas. En el tratado de la Triple Alianza, de 1865, no solo se proyectaba desmembrar el Paraguay, sino Bolivia. Estados Unidos era un país europeísta. Naves norteamericanas habían presenciado impasibles el bombardeo de Valparaíso, Chile representaba la Europa nueva; el Brasil, la retrógrada. Chile no aspiraba a conquistar los pueblos del Plata. Chile había ayudado en la guerra de la independencia y con la derrota que infligió a Santa Cruz en 1839 detuvo sus planes anexionistas. Chile inspiró a Alberdi su Constitución centralista. Chile no tenía esclavitud; el Brasil sí. La seguridad de esta parte de América consistía en lograr para la Argentina un gobierno consolidado. Buenos Aires, separada de su provincia, debía ser capital de la república.

Alberdi estudió en otro folleto la **Política exterior de la República Argentina, según su Constitución de 1853, aplicable a las repúblicas de Sudamérica**. En ella sostuvo que la América española debía resistir al Brasil, los Estados Unidos y Europa. Las repúblicas españolas tenían veinte millones de habitantes. El Brasil no pasaba de seis, de los cuales dos eran europeos. Sin embargo, las repúblicas eran más débiles porque estaban desunidas. "En América gobernar es poblar". En este folleto, Alberdi reprodujo muchos de sus juicios expuestos en **Luz del día** sobre la diplomacia americana y los diplomáticos. Sus afirmaciones son válidas hoy en día. La diplomacia es una estafa al

propio país cuando el diplomático no lo representa dignamente. Los gobiernos debían estar sujetos al derecho común. El derecho político debía ser asimilado con el derecho común en materia criminal y penal. Pero los gobiernos perseguidores habían hecho esa asimilación para lograr la extradición de sus enemigos.

Alberdi admitía que podía existir un derecho de gentes americano. Debía estar compuesto por las reglas que gobiernan las relaciones recíprocas de las naciones americanas. Del mismo modo había un derecho de gentes europeo. Pero este derecho internacional americano en realidad no existía. Los congresos americanos no habían producido un resultado, un tratado, una ley que pudiese llamarse americana. En esos momentos gobernaba la Argentina el presidente Sarmiento que armaba el país hasta los dientes. La república se armaba contra sí misma. Alberdi desdeñaba el poder del Brasil. En la guerra contra Rosas, el ejército de Urquiza, de veintitrés mil hombres, había tenido solo cuatro mil agregados brasileños. En cuanto a dinero no había prestado más de seiscientos mil pesos. El Brasil había perdido la guerra contra la Argentina de 1826. El Brasil era un país de esclavos. Su población blanca de Río Grande y San Pablo si peleaba contra repúblicas se hacía republicana. Después de la guerra de 1826, Río Grande se convirtió en la república independiente del Piratiny. Si la Argentina hubiese reconocido su independencia no habría desaparecido. El Brasil se poblaba con negros, es decir, se embrutecía día a día. Las repúblicas de origen español se multiplicaban con blancos. Alberdi estudiaba la vida privada y social. El atraso explicaba la tranquilidad del imperio. La disolución del Brasil era un hecho seguro. Para retardar esta disolución combatía el principio de la libertad fluvial. La revolución llegaría y el imperio tendría su fin. Alberdi no se equivocó en este aspecto, pero sí en su profecía de que Río Grande y Montevideo llegarían a constituir una bella nación.

En 1879, Alberdi escribió la **Reconstrucción geográfica de la América del Sud**. En ese año existía la guerra del Pacífico. Alberdi no quería saber quién la habría provocado. Lo que le interesaba era saber cómo debía hacerse la paz. La geografía política de la América del Sud estaba mal conformada. Era la que había recibido de la España colonial. Una geografía dividida y organizada para el aislamiento. Por ello, América debía

cambiar sus divisiones políticas en un sentido totalmente inverso. Había que derogar el régimen colonial e inaugurar una geografía política de libertad. Una convención continental debía trazar nuevos límites a las naciones y no dejarlas con las configuraciones geográficas que habían recibido de la colonia. Los viejos límites eran la causa de las contiendas que habían tenido las nuevas naciones al comenzar una vida moderna de libre comercio. El principio del **uti possidetis** no había sido sancionado por ningún tratado ni convenio general americano. El **uti possidetis** de 1810 no había existido por la sencilla razón de que las colonias **no poseían**. El único poseedor era el rey de España. España y Portugal podían invocar el **uti possidetis** para dirimir sus cuestiones, no las nuevas naciones americanas.

Alberdi tenía razón en principio; pero su razón no era posible llevarla a la práctica por razones que no es necesario explicar. Ningún convenio, congreso o tratado podía modificar límites que se habían heredado de los tiempos coloniales y que eran la única frontera que todos estaban de acuerdo en respetar y admitir. Solo las guerras de conquista podían variarla. Alberdi afirmaba que España había establecido límites en sus colonias para mantenerlas enclaustradas, lejos de un posible libre comercio, etcétera. Esto no es exacto. Un historiador de la conquista sabe muy bien cómo se fueron dando las capitulaciones a los adelantados y gobernadores y por qué causas se crearon los virreinos. No hubo propósitos de enclaustramiento. La historia la hizo la historia: los destinos geográficos, las ilusiones de los conquistadores, la resistencia de los exploradores, la equidad de los reyes. Todas las gobernaciones tenían sus buenas costas y sus buenos puertos. Fueron los intereses de los hombres de la independencia que encerraron un Paraguay y una Bolivia, no fueron los reyes de España. El desconocimiento de la historia de la conquista fue lo que llevó a Alberdi a sostener que América había recibido de España una geografía que la excluía del roce del mundo.

Alberdi protestó por el aislamiento en que se hallaba Bolivia. Ya hemos dicho que quienes la aislaron fueron los hombres de la independencia y no de la conquista. Europa, a juicio de Alberdi, debía intervenir para disfrutar de un comercio directo con Bolivia. Era una opinión. Otros internacionalistas, con principios diferentes, opinaban que las naciones de Europa no debían mezclarse en los problemas americanos. No puede decir-

se que el enclaustramiento de Bolivia fue una restauración del coloniaje porque en la colonia no hubo enclaustramiento ni los reyes de España pensaron jamás en enclaustrar ninguna parte de América. Rómulo D. Carbia, hace años, nos discutió duramente, la ubicación de las gobernaciones de Serpa y Silva que él, insensatamente, creía situadas en pleno centro del Brasil. Pudimos demostrar, y toda América nos dio la razón, que se hallaban en Venezuela y las Guayanas. Nunca hubo, salvo algún proyecto que no se hizo realidad, gobernaciones mediterráneas. Tucumán y otras eran subgobernaciones, circunscripciones internas que no tenían la categoría ni la permanencia de las verdaderas gobernaciones. El **uti possidetis** de Tucumán, por ejemplo, nunca fue invocado, ni pudo serlo, para nada.

Alberdi tenía grandes esperanzas en la apertura del canal de Panamá. Lo veía como el anverso del Congreso de Panamá que, a su juicio, se había hecho, a instancias de la América del Norte, para alejar a Europa de los asuntos americanos. El canal de Panamá, en cambio, atraería a Europa a las costas americanas del Pacífico. Antes del canal, tocar en las costas del Atlántico sudamericano era tocar a los Estados Unidos que debían dar la vuelta por el estrecho de Magallanes para llevar sus barcos a California. Con el canal, Estados Unidos abreviaba en meses su viaje por mar a San Francisco. Alberdi insistía, con razón, en que los tratados de límites debían ser perpetuos y no modificarse como los tratados de comercio. Hoy estos problemas han sido solucionados en forma al parecer definitiva. También Alberdi consideraba muerta la doctrina de Monroe. Es posible, en cambio, que resurja cuando sea necesario.